

Inminente y ajeno

José R. Cuervo-Arango

Jordi Doce

Primera edición: junio de 2021

© Colección El Lotófago

Segunda etapa

Dirigida por Marta Agudo y Luis Burgos

© de los textos: Jordi Doce, 2021

© de las obras fotográficas: José R. Cuervo-Arango

© del retrato de Jordi Doce: Luis Burgos, 2020

© del autorretrato: José R. Cuervo-Arango

© Galería Luis Burgos

www.art20xx.com

Mail: luisburgos@art20xx.com

Tel: (+34) 91 781 18 55

Calle Villalar, 5, 28001 Madrid (España)

Diseño y maquetación: Esther Guardamino

ISBN: 978-84-09-31403-4

Depósito Legal: M-18624-2021





A veces he pensado que en el aire
quedan las huellas
de estos encuentros, la conversación,
un enjambre de frases y palabras
que descienden livianamente
y al hacerlo se ordenan, se alinean
sin prisa
como ladrillos en el suelo:
un zigurat verbal
donde habita la médula del habla,
el templo que debemos
al dios de lo callado.
Nadie nos dio permiso para entrar.
No serán nuestros los pasillos,
las terrazas solares,
los secretos de su liturgia.
La pirámide solo responde ante la luz.



ESTA mano
que se crio en cautividad
no sabe valerse por sí sola.
Teme extraviarse
en la selva de su albedrío,
su entusiasmo animal.
Y por respeto al laberinto
de la vida voluble
cayó en el laberinto de sí misma.
La piel del dorso
es la cara visible de una luna
que guarda su distancia
de este mundo, del mar electrizante
del temblor
y el sobresalto.
Y esos dedos de araña
que acechan a lo lejos
no sabrían marchar de cacería
aunque quisieran.



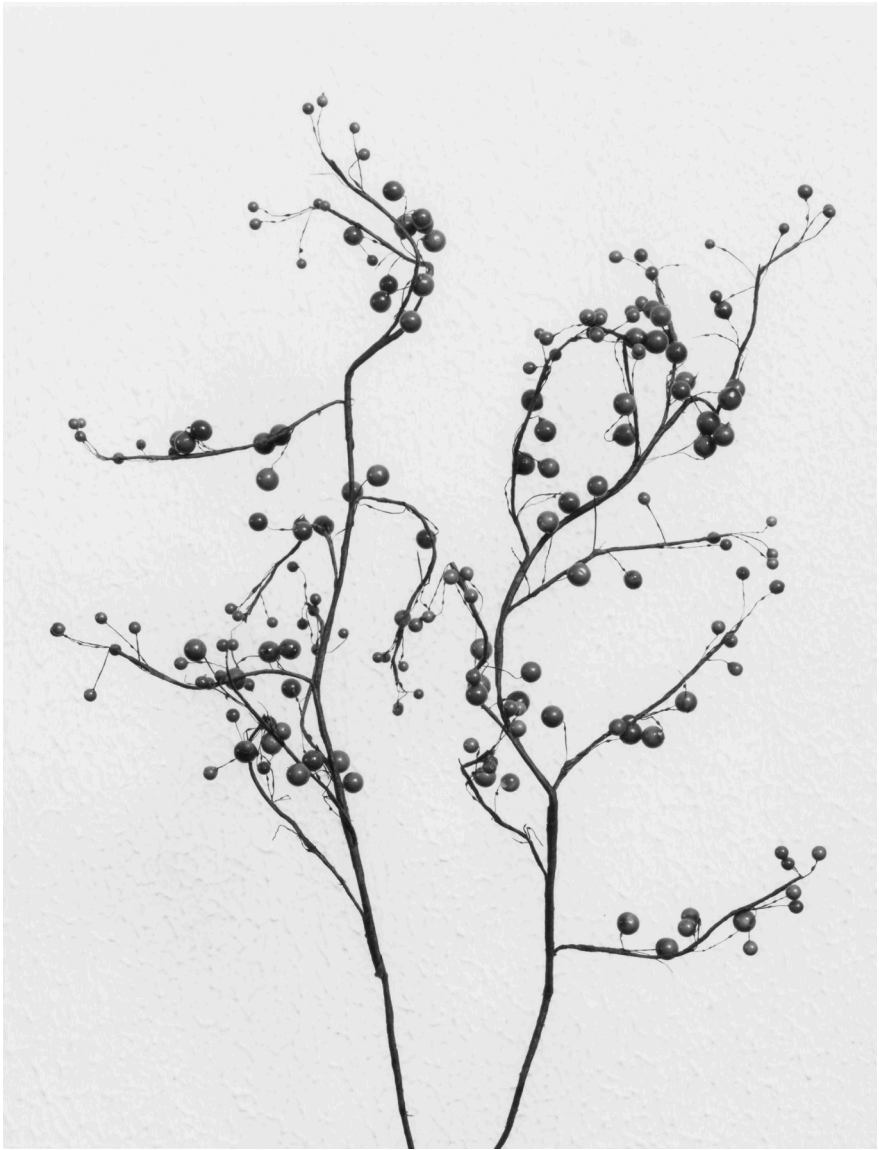
AVANCÉ con el coche por una calle lateral y me sorprendieron, de repente, los largos dedos oscuros y sarmentosos, vueltos hacia arriba, de los árboles de la Plaza San Miguel, manos de bruja o candelabros donde la cera se ha secado y ennegrecido hace mucho. Tal vez contribuyera a ese efecto casi alucinatorio la soledad de las calles, vacías a esa hora de la sobremesa, y el gris claro, casi transparente, de las nubes que se extendían sobre la ciudad iluminándola, duplicando de algún incierto modo la luz del día. En ese aire como recién lavado las formas sin hojas de los árboles recobraron su condición extravagante, ese aire de delirio que la costumbre logra ignorar o hacer a un lado habitualmente. De pronto, su salvajismo resaltó aún más contra la cuadrícula de las fachadas, las formas regulares y resueltas de la plaza. *Más desorientadores que dinosaurios*, concluyó una vez Julien Gracq al verlos descansando bajo la lluvia en un prado vecino, y la expresión desvela mejor que ninguna otra su extrañeza primordial, la distancia insalvable que nos separa de ellos, su antigüedad prehistórica. Hincados en tierra y abiertos hacia el cielo, son los ejes que mantienen el planeta en su sitio, los gruesos cables en tensión que procuran, como en un puente, su estabilidad. Incluso estos humildes y nudosos árboles de ciudad, comidos por la incuria y el hollín, más feroces aún en su abandono, y que hoy han querido mostrarse –siquiera por un minuto– tal como son. Pero no había ninguna bella durmiente esperándome al otro lado, y he optado más bien por rodearlos, solemne y respetuoso, y salir mansamente de la plaza.







DETRÁS de la ventana
el patio mide sus silencios.
La mesilla de noche
y su carga dispar
—las gafas de leer, el libro, el móvil—
es un pulmón que se apacigua
y moja nervios
y celdillas
en la tinta basal de la renuncia.
Doblar las alas
y recogerse:
así la comprensión del nadador
que guarda bien su ropa,
la querencia del pájaro.
El invierno da fruto al despertarse.



EL sol en los terrados,
la tarde y su miel dura,
goteante,
sobre el polvo de las baldosas.
La hora vertical
ya fue, pero su borra
hace más frágil el espíritu,
más vulnerable.
Una calma de antenas y techos de uralita.
Un cansancio de la materia
que guarda silencio para nada.
Y el rumor de la sangre
constatando
el perímetro exacto de su celda.
Si forzaras la vista
—si el mirar
fuera la solución y no el problema—,
sabrías que esta hoja en blanco
a la que vuelves por defecto
es suficiente:
un cielo pálido, sin pájaros;
el aire turbio,
como usado por dentro;
bajorrelieves de la luz
donde te encuentras a deshora
contigo mismo.
Es hora de volver a casa.



VOLANDO por decenas en el corazón vaciado de la manzana, dando vueltas incansables como el gato que gira sobre sí mismo antes de echarse a dormir, se dan el festín de insectos con que celebran el final del día. Y justo encima, de pie en «el sombrío escalón de poniente» (la imagen es de un viejo poema de Blanca Andreu que leí hace treinta años y que no ha dejado de acompañarme), el disco perfecto y luminoso de la luna llena.

Es un anochecer cordial y balsámico de mediados de junio, pero es también, sin solución de continuidad, una imagen de novela gótica, un fotograma de serie B que exagera los detalles hasta volverse implausible. Son solo quince, veinte minutos. Tan pronto la luz declina del lado de la noche, los vencejos levantan el vuelo y queda el espacio vacío, esta superficie irregular de corralas claraboyas y tejados con remiendos que sobreviven, se diría, a espaldas del tiempo. También uno, de no ser por estas visiones ocasionales, llevaría una vida un poco a trasmano de todo, hasta de sí mismo.

Dicen que los gatos dan vueltas antes de acostarse no solo para inspeccionar y aplanar el terreno, sino buscando el ángulo más propicio para captar el viento y el rastro —de presas, de enemigos potenciales— que trae consigo. Y algo así parece estar haciendo la mente mientras contempla el vuelo de los vencejos: girar olisqueando el aire, las sombras, la noche inevitable. Hasta ahora.



SE quemó las pestañas
—es decir, el espíritu—
hurgando entre las cosas,
buscando su sentido.
Un nervio puesto bajo el foco,
un estambre pelado.
Así el hambre revuelve los armarios
incapaz de elegir o de rendirse.
En el bosque de las presencias
los árboles le hicieron un pasillo
y luego se esfumaron.
Ha dejado de oír su propia voz.
Mira por la ventana de sí mismo
y la niebla humedece los cristales.





Así recibe al día,
como si nada:
el cuerpo ladeado,
los ojos de vigilia
sobre el diorama escuálido
del patio
—septiembre en el alféizar,
en la sangre afanosa—,
la mano que tantea
y aparta las cortinas
para que irrumpa en él,
como en un templo,
el sol de los egipcios.





LA luz del norte exige otra sintaxis, otro movimiento del pensar. No importa el turno de las estaciones: por debajo de cambios aparentes, aquí las cosas se remansan en su aparente atonía, en sus grises y verdes y ocre que atenúan las fronteras, las diferencias, y la mente las persigue con tiento insistente, con la prudencia ávida del que no desea espantarlas, pero siente el imperativo de la búsqueda y la posesión: quiere hacerse un hueco entre ellas, indagar en su distancia y su misterio. El pensamiento también se remansa, discurre en una espiral que extrae cada vez nuevas conclusiones, o la misma infinitamente matizada, afinada. Y se habla con otra voz, menos brillante y decorada, llena de graves sutiles que avanzan por debajo de la melodía principal hasta alcanzar su destino. Todo lo obtenemos con esfuerzo, en una tensión activa que nos obliga a ponernos de parte del mundo, proyectando en él nuestros deseos y fantasmagorías, nuestros giros mentales y nombres privados. Para los ojos del norte, en fin, la plenitud no es un instante sino un proceso, no es la hora rigurosa y solar del mediodía sino el lento entreverarse de la conciencia y el mundo, la hora declinante del atardecer, cuando más importa arrebatarse a la noche el secreto de las formas, el misterio de lo visible.



ESTOS muros
de los colegios de extrarradio
con sus vallas de alambre
y sus grafitis
se parecen, quizá,
a este cuaderno.
También aquí son ley
los desconchones,
la lepra del descuido,
el óxido maduro
de los grifos. Y este silencio
de media tarde
que estudia con su hocico
cada rastro.
Hay un ruido de cañerías
a lo lejos, como si el mar
se hubiera desplazado hasta nosotros
por debajo de los cimientos.
El perro del verano tiene sed.
Moja tus manos
en esa agua, en la corriente,
y te verás en ella caminar.



DECIR

estos árboles me apaciguan
es hablar un idioma antiguo
en el que los efectos
se enhebran a las causas
y esta chiquilla
puede pintar en la explanada
—una casa con árbol,
la familia feliz—
con tizas de colores
que la lluvia no tardará en borrar.

Decir

entre dolor y calma
como quien oye el ruido de sirenas
y agradece estar lejos,
en la tierra de nadie del camino.
Y las vías del tren,
el olor dulzón de la marihuana
que unos muchachos se intercambian en la
sombra,
son líneas de fuga
que la mente baraja para escapar de sí,
aunque no pueda.
Confiar en el tiempo
es confiar en su paciencia,
los limos de la duración.

Y todo es avidez
de un orden habitable,
verosímil,
el hila que te hila
de la sangre mermada.
Como el aire se impregna de humedad
para que digas: aire,
transcurso
o la belleza de los todavía.





AQUÍ mismo, en este cruce de caminos donde se juntan una calle cortada, los alrededores de las vías del tren, los retales desastados de un parque urbano y la fachada de ladrillo de la vieja Escuela de Cerámica, suena de pronto una música de vientos y percusión, un tema de salsa cuyos compases se cuelan entre las verjas oxidadas y hacen ondular extrañamente la luz de finales de octubre. Son los albañiles que faenan en el solar de la esquina. Una pequeña cuadrilla —no serán más de tres o cuatro— ocupada en la reforma de lo que parece un vivero, un almacén de hierro acristalado del que solo distingo mesas con herramientas y montones de tierra incolora. La jornada ha concluido y andan recogiendo sin prisa, tomándose su tiempo, escuchando la música que sale a todo volumen de la radio y vuelve más meloso aún el aire de la tarde. Una coreografía tranquila, tan otoñal como el día.

La perra se ha puesto a hurgar en los matorrales, como si también ella quisiera hacer un alto antes de enfilear el camino a casa. Nadie nos espera. Ellos, en cambio, querrán volver al hogar, estar con los suyos, o eso quiero pensar. Van y vienen entre zanjas y pilas de ladrillos grises y cables enrollados y parece que todo fuera plegándose a su paso, sintiendo la sombra que llega. Pero la alegría de la música hace todo lo posible por desmentirlo.





LA neblina
cubrió mi rostro hasta borrarlo:
es una galería clausurada
con sábanas que arropan los muebles
y relieves anónimos.
El sol de enero
no tardará en salir por su cuadrante
y deshacer vendas y bultos
sin más ardor que una insistencia
de manos minuciosas.
Ya muerde por detrás de la palmera
de esta casa de indianos
en las afueras de mí mismo.











NUBES.

El viento las empuja
como grandes goletas
por el tablero de la tarde,
pero aquí dentro
su imagen echa el ancla
en las aguas de la cavilación.

La ingrátida flotilla
del holandés errante
ha olvidado su penitencia
y hace escala
en el muelle del ojo.

Son mástiles que bailan,
el vaivén de lo vivo.

Y ahora la mente hace su alquimia
y las vuelve a impulsar
sobre el tablero de la página.

El viento es incansable.

No podemos vivir en el pasado.



VOY con mi amigo y su perra –alegre y confiada, bebedora compulsiva del regato que rebosa del arcén– por uno de los caminos del valle, paseando de noche bajo un cielo de nubes frescas, un cielo de novela gótica que sin embargo está limpio de sospecha, de amenaza, entre terrenos encharcados y luces humildes. Vamos hablando de nuestras cosas, con el paso más vivo que de costumbre, respirando el silencio lleno de pequeños ruidos del campo, el silencio tapizado de hierba y muros de caliza. El mismo camino hacia arriba y hacia abajo, volviendo sobre nuestros pasos cuando la abundancia de perros nerviosos en las casas lindantes lo hace aconsejable, y todo el tiempo, llevado de una superstición absurda, reprimo la tentación de mirar a mi espalda, como si temiera un último y traicionero golpe de cola de este año agotado, este año que muere. A lo lejos destaca la mole oscura de la colina donde se esconde la cueva de los Arbeyales: un puño negro, un borrón sin forma coronado por masas de eucaliptos y la claridad azul del horizonte. El parto de los montes, pienso. Sí, todo lo que nos espera, mañana, el año que viene; todo lo que aún no existe y carece de cuerpo, de líneas, de contorno preciso. Perseguimos el futuro como la perra echa a correr, empujada por su propio miedo, tras los coches que pasan.

Conforme bajamos el regato se complica, se oscurece, fluye manchado de hierba y tierra en suspensión. Como la noche. Como la voz misma, opacada por el cansancio y las palabras sobrentendidas. Es hora de volver, dice mi amigo. Sí, volver a casa, el calor de los muebles y las paredes familiares. Las charcas cercanas brillan débilmente bajo una luna fría, dejadas a su suerte. Caminamos hacia dentro.



¿DE quiénes eran las certezas
que no heredamos?
La piedra de amolar está en su sitio,
como entonces,
pero nadie se acuerda
de afilar los cuchillos.
Así la casa se distiende
y abdica de sus ángulos,
sus aristas. Todo es más fácil
—vivir, el hambre, las idas y venidas
bajo el ojo sin párpado
del tiempo.
La mesa no se ha puesto sola.
Por las cortinas entra una luz incorruptible
y el relieve tranquilo de platos y cubiertos
es una ilustración
de la serie de Fibonacci.



Y en la casa, de pronto,
hay una habitación que falta,
que nadie encontrará porque no existe
aunque ayer mismo estaba ahí
y su puerta se abría sin cautelas,
con el aire de los automatismos.
Entrábamos y salíamos, así de fácil,
y el ritual de los encuentros
era un modo de hacernos más veraces,
como viejos actores. Ahora
buscamos esa habitación en sueños,
en el recuerdo infiel,
pero no está. La niebla
la borró de este mundo
y cuelga en el vacío de sí misma.
Nos descuidamos un instante
y no está,
cayó muy lejos,
al otro lado de esta voz.
Entrábamos y salíamos
sin darnos cuenta del peligro.
De pronto, entre nosotros,
la muerte se movió a placer,
sin señal de advertencia,
sin huella delatora:
casa tomada.



SUBO con la perra al parquecillo de la parte alta. El día es hosco y frío, con ráfagas de un viento húmedo que se mete en la ropa y en la piel. La bobina del cielo se deslía y arrastra nubes inconstantes, que a veces se acumulan en forma de bolsa gris y proyectan una luz plateada que agrava aún más el frío. Las grandes piedras del templete respiran con indiferencia. Paseo contraído, con las manos en los bolsillos, mientras la perra se dedica a perseguir a las palomas y a olisquear los arbustos. Las palomas echan a volar sin queja ni aspavientos, asumiendo el acoso perruno como parte del orden natural de las cosas. Se apartan y siguen con su paso tranquilo y su zureo.

Arriba, la claridad del cielo parpadea sobre las ramas oscilantes de los árboles y va alternando franjas de luz con otras de sombra. Es como si las destrenzara o les sacara brillo. Ventadas. Pienso en la palabra inglesa *gust*, que es justamente eso: racha, ráfaga (de viento). Una palabra glotal y oscura, que se forma casi en la nuez, y que más parece la exhalación de un fuelle gastado. Veo las ramas de los árboles, esas puntas que por momentos brillan cuando el sol se impone, nunca por mucho tiempo. Y tengo la impresión de que ahí, por alguna razón, ha asomado tímidamente la desnudez del mundo, su presencia, ese modo que tiene de hablarnos cuando se desprende de sus nombres. Ahí está, en el dorado de las piedras monumentales o en la humedad de la tierra negra o en lo más alto de esas ramas iluminadas. Como una cucaña por la que tendré que trepar y arrastrarme si quiero un poco de su resplandor.



EN el sueño del poema
es hora de volver al descampado
de la connotación y las imágenes.
Nadie sabe cómo llegaste,
por qué accidente,
pero es tarde para echarse atrás.
Estás lejos del barrio familiar, de las calles
y los cafés y los comercios. Lejos
de las palabras de costumbre,
de los saludos, las obligaciones.
Ahora la hierba se remueve
bajo tus pies y arriba el sol
es el mismo y extraño,
como una luz en la ventana
es a la vez un signo de presencia
y de ausencia.

Este es el sueño de la tinta:
acudir a la cita de la clesografía
y fijar sus disturbios, sus vapores.
El cuervo que decía *nunca más*
vuelve a ser un escándalo
en el cielo de los taxidermistas.
Sangre en las sienes,
escucha y equilibrio.
Así bajo la piel quemada
la llama sigue ardiendo,
el ascua persevera.



AYER, en la Casa de Campo, septiembre mostraba su mejor rostro. Iba subiendo la cuesta de Garabitas, admirando el modo en que la dehesa cambia de aspecto conforme se eleva: primero, los grandes pinos tranquilos que miran al norte; luego, el valle de juguete de las madrigueras, donde los conejos se toman su tiempo entre tocones de encina y pequeños arbustos; más arriba, en las estribaciones del cerro, el encinar propiamente dicho, verde y tupido, salpicado también de negrillos, de robles, de castaños... Las tormentas recientes le han dado vida y color, limpiándolo a fondo hasta darle un aire heráldico, como de tapiz antiguo. El verde oscuro y coriáceo de las hojas contrastaba con el verdín de la hierba corta y el gris austero de los troncos. Holgura para caminar, para respirar... Ni siquiera el sol, todavía intenso a esas horas de la tarde, era capaz de agobiarme.

En realidad, el sol era una compañía bienvenida. Lo supe más tarde, cuando la brisa fue acumulando nubes hacia el oeste y el sol se perdió en ellas como en una tela de araña. Había luz, sí, pero con la veladura de un eclipse, su pátina rapaz. El aire se volvió escaso, mezquino. Un aire —pensé con intriga— en el que no era difícil imaginar a *las malas madres* del cuadro de Giovanni Segantini, esas mujeres lánguidas que vi hace poco en el Belvedere de Viena y que parecen flotar o colgar como demonios de las ramas de un árbol pelado. El tapiz se había dado la vuelta y ahora mostraba un paisaje turbio, espectral. No fue más que un instante, pero me agarré a él. El sol volvió a salir de entre las nubes y su luz plana me señaló el camino de vuelta.

No entiendo el sentido de estas alucinaciones —¿retorno quizá de una memoria adolescente que pensaba enterrada?—, pero tampoco me resigno a descartarlas. Son la forma en que mi imaginación me dice que está ahí, que necesita cuidados.

Basta con hacerles un hueco en este cuaderno y seguir camino, como ayer. Cinco minutos pueden dar para mucho cuando están llenos de atención, de ojos y palabras reverentes. Caminar, escribir, esa manera mudable en que los tiempos pierden su rigidez a cada paso, a cada línea. La percepción de que todo es a la vez cercano y remoto, inminente y ajeno. Salir a la calle para empezar a leerse. Volver a casa como quien cierra un libro.



EL cuerpo es esta plaza soleada
donde unos viejos hacen tiempo
y el café de la esquina
con su toldo raído y sus sillas metálicas
es el castillo de los indolentes
que han hecho su negocio
del hablar por hablar.
Tu oído, demasiado humano,
no capta lo que dicen:
carece de la astucia del animal terrestre.
Ahora un perro dispersa las palomas
que bullían unánimes
entre migas de pan.
Es un trabajo diurno: una mano de luz
sobre el muro encalado del verano,
el volumen del campanario
barriendo con su sombra el pavimento.
La salud de los vínculos
es esta sencilla homeostasis.



Nota del autor

Este conjunto de verso y prosa reúne catorce poemas inéditos en libro junto con una breve selección de las notas de mi diario. Tres de ellas («Avancé con el coche...», «La luz del norte...», «Voy con mi amigo...») vieron la luz en *Perros en la playa* (Madrid, La Oficina, 2011), pero las incluyo aquí porque remiten claramente a ese norte que alienta en el trabajo visual de José Ramón Cuervo-Arango. Las demás notas son inéditas.

Mi afición a mezclar verso y prosa viene de antiguo y responde a mi desconfianza de las distinciones genéricas. En otras palabras, a mi convicción de que todo surge de un solo sentir, un deseo común. Los espacios intermedios o fronterizos que aparecen en muchas de estas páginas exigen una palabra igualmente mestiza, a caballo entre la condensación lírica y la conjetura contemplativa. Algo así. En todo caso, se trataba de crear un espacio verbal capaz de rendir homenaje a las incitaciones y el latido mismo de estas imágenes, en las que percibo un talento admirable para fundir cordialidad y misterio, pasión y cuidado formal.

Agradezco a José Ramón Cuervo-Arango su hospitalidad generosa y a Luis Burgos, una vez más, su cercanía y estímulo cómplices.

Madrid, mayo de 2021

JORDI DOCE (Gijón, 1967) es licenciado en Filología Inglesa por la Universidad de Oviedo y doctor en literatura comparada por la Universidad de Sheffield.

Ha publicado siete poemarios, el último de los cuales es *No estábamos allí* (Pre-Textos; mejor libro de poesía del año según *El Cultural* y Premio Nacional de Poesía «Meléndez Valdés» al mejor libro publicado en 2016). Recientemente ha visto la luz la antología *En la rueda de las apariciones. Poemas 1990-2019* (Ars Poética, 2019).

En prosa ha publicado los libros de notas y aforismos *Hormigas blancas* (Bartleby, 2005) y *Perros en la playa* (La Oficina, 2011) así como varios libros de ensayos y artículos y el diario *La vida en suspenso. Diario del confinamiento* (Fórcola, 2020).

Ha traducido la poesía de W.H. Auden, William Blake, Lewis Carroll, Anne Carson, T.S. Eliot, Sylvia Plath y Charles Simic, entre otros.

Fue lector de español en las universidades de Sheffield (1993-1995) y Oxford (1997-2000) y editor en la revista *Letras Libres* (2001-2004). Actualmente reside y trabaja en Madrid como traductor y coordinador de la colección de poesía de la editorial Galaxia Gutenberg.



JOSE R. CUERVO-ARANGO

Nací en Gijón, Asturias, el 23 de julio de 1947. Cursé el Bachillerato en el Colegio de los Jesuitas de esta ciudad y, motivado por la tradición familiar, estudié Medicina en la Universidad de Salamanca.

Los años universitarios tuvieron una gran trascendencia pues me proporcionaron un nuevo ambiente, más liberal, facilitando el desarrollo de variados intereses personales y contribuyendo a hacer más amplia y sólida mi escala de valores. Tarea exigente en tiempo y esfuerzo, que cristaliza en el progresivo entendimiento de lo que es realmente motivación, creatividad, comunicación y vida como un todo unitario y que, naturalmente, continúa.

El arte es, en su sentido más amplio, una celebración del estar vivo, y un artista debe proyectar sus propias experiencias y su actitud hacia la vida si quiere dejar tras de sí un mensaje universal y único. Mi integración en la filosofía de estos conceptos es absolutamente central en mi vida.

Aunque cualquier modo de expresar la necesidad creativa tiene, en mi opinión, el mismo valor, llegué a la fotografía sin saber bien las razones de su poderoso atractivo.

Soy autodidacta. Me recuerdo comprando mi primera cámara hacia 1970 y tomando las primeras imágenes sin una particular intención o conocimiento del medio. Es en los años finales de esa década cuando el creciente interés y una percepción más madura configuran una visión más rica y definida y tomo conciencia de un firme compromiso con esta fascinante forma de interpretar la Luz, verdadera creadora de la imagen y esencia del quehacer fotográfico.

Con respecto a mi trabajo no es preciso que yo haga extensos comentarios. Sólo debo decir que me siento profundamente motivado por el fino y complejo Orden que percibo en el Universo, de apariencia a menudo caótica, pero sin discontinuidades, donde cada elemento está relacionado con todos los demás.

El propósito es comprender y celebrar y en este sentido me atrae singularmente la Naturaleza, donde encuentro una fuente inagotable de significado, misterio y disfrute, en sintonía con un espíritu romántico y proclive a mostrar sus emociones.

Puede muy bien ser la búsqueda de la Armonía, la Forma, la Belleza, esencias de un mismo principio, de lo que estoy hablando, y es necesario comentar que la Música es una fuerza dominante en mi vida: sus ritmos, armonías y variadas resoluciones aparecen en mi obra como reflejos en un espejo.

Finalmente, estas líneas no pretenden sino ofrecer algunas claves sobre el qué y el porqué de mis fotografías, ellas son realmente mi expresión. El resto depende del observador, incluyéndome a mí como tal.



Fotografías

Págs. 6 y 7: *Puerto de Tarna*. Asturias, 2011. 17 x 25 cm

Pág. 9: *Nubes y árboles*. Amieva, 1999. 25 x 25 cm

Pág. 11: *El libro de Taliesin*. 1996. 21,5 x 25 cm

Pág. 13: *Rama colgante*. Deva, Gijón, 2017. 16,5 x 13 cm

Págs. 14 y 15: *Matinada*. Gijón, 1979. 12,6 x 18,4 cm

Pág. 17: *Arbusto en el salón*. Gijón, 2004. 15,2 x 13,8 cm

Pág. 19: *Sauce llorón*. Gijón, 2009. 19,7 x 24,8 cm

Pág. 21: *Visión fugitiva desde el puente de Deva*. Gijón, 1981. 18,6 x 23,4 cm

Pág. 23: *Camino de La Ñora*. Gijón, 2009. 23 x 25 cm

Pág. 25: *La Diosa Blanca*, 1994. 27 x 27 cm

Pág. 27: *Bosque quemado*. Pinzales, Gijón, 1982. 14 x 22 cm

Pág. 29: *Casa de aperos*. Villalcázar de Sirga, Palencia, 2015. 19,5 x 22,2 cm

Pág. 32: *Un asunto central*. Deva, Gijón, 2017. 15,5 x 15,5 cm

Pág. 33: *Cerezales del Condado*. León, 2017. 18 x 21,5 cm

Págs. 36 y 37: *Tremañes*. Gijón, 2014. 16 x 18,5 cm

Pág. 39: *Yuca*. Córdoba, 2011. 19,5 x 20,5 cm

Págs. 40 y 41: *Lomo de vaca*. Deva, Gijón, 1981. 13 x 20 cm

Págs. 42 y 43: *Playa de San Antolín*. Naves de Llanes, 1999. 18 x 22,3 cm

Pág. 45: *Nube*. Mota del Marqués, Valladolid, 2016. 11 x 14,7 cm

Pág. 47: *Sierra de Cuera*. Llanes, 1994. 26 x 26 cm

Pág. 49: *La Diosa Negra. El misterio de tu presencia*. 1985. 16 x 12 cm

Pág. 51: *Puerta, pabellones del INTRA*. Gijón, 2009. 20 x 16 cm

Pág. 53: *Y el cuervo dijo, no hay ningún problema...* 1996. 18,7 x 19,9 cm

Pág. 55: *Cascada de La Cueva*. Ordesa, Huesca, 1985. 27 x 27 cm

Pág. 57: *Only magic and dreams are true*. 1983. 26,5 x 26,5 cm

Pág. 59: *Margaritas*. St. Paul, Minnesota, 1980. 13,5 x 16 cm

Pág. 64: *Ermita de Altenberg*. Baviera, 2004. 23,5 x 28 cm

Pág. 66: *Pequeño Capodimonte*. Gijón, 2012. 15,7 x 13,4 cm

Este libro se terminó de imprimir en Madrid el 3 de junio de
2021, fecha del aniversario de la muerte de Franz Kafka
(1883-1924) en el sanatorio austriaco de Kierling:
«Había caído la noche cuando K. llegó».

